



Pbro.
Pablo Alejandro
Cifuentes Monroy
Delegado de
Comunicaciones
Diócesis de Santa Rosa

ESCUELA DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS:

100 AÑOS DE NUESTRO SEMINARIO DIOCESANO

“Subió después a la montaña, llamó a los que Él quiso y se acercaron a Él. Designó entonces a Doce, a los que llamó apóstoles, para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar”. (Mc 3,13-14)

El evangelio de Marcos narra la elección de los doce, con dos fines específicos: estar con el Maestro y ser testigos anunciadores. Es así como el discípulo se siente atraído por la persona de Jesús, atracción que transforma la vida, y se convierte en parte esencial de ella, teniendo como premisa la fidelidad en lo que se cree, convirtiéndose en momentos decisivos, en esos cruces de camino que a veces son difíciles de sortear, pero que abren grandes opciones, que aunque son acontecimientos pequeños llevan a aquél que ha sido llamado, a dejarse seducir tomando a el Maestro, por guía, dispuestos a seguir sus instrucciones. Reconocen que Jesús tiene algo que enseñarles que ellos no conocen aún (J., 2005, pág. 121).

Los discípulos llamados ven en Jesús un maestro capaz de llevarlos a otras instancias, de transformar su vida y de ofrecerles algo que ningún otro maestro era capaz de ofrecerles: un modo nuevo de vivir. Ellos al tomar a Jesús como su maestro están llamados a imitarlo, el discípulo lo sigue, lo acosa y persigue hasta alcanzarlo.

San Juan en su evangelio, nos presenta a dos discípulos de Juan el Bautista interrogando a Jesús: “¿Dónde vives? La respuesta de Jesús es contundente: “vengan y lo verán”, pero ¿qué fue lo que vieron?

Vieron la manera de cómo Jesús cumplía la voluntad del Padre, que era la luz, que por medio de su palabra y de sus acciones, daba

esperanza a la miseria humana, hablaba de ver la Gloria del Padre y que aquel que lo siguiera también participaría de esa Gloria, interpelaba a los hombres por medio de su palabra y sembraba misteriosamente un reino de justicia, de amor y de paz. “No vieron un lugar de cuatro paredes y un techo, sólo vieron en la persona de Jesús la satisfacción de sus vidas” (Fausti, 2008, pág. 37).

El hombre es un proyecto de constante progreso material y espiritual, que no posee un brillo único, que no existen fórmulas, ni recetas precisas y exactas para vivir, los discípulos optan por quedarse con Él, de escuchar su Palabra y de dejarse alimentar por ella en busca de perfeccionarse cada día. Aquel momento fue crucial para la



“Ayudo al Seminario porque es esencial empezar a construir el cielo en vida y considero que ahora hay mucha escasez de vocaciones y a los que están siguiendo al Señor hay que ayudarles, y porque sé que con la ayuda de Dios va a ser un sacerdote el que me asista en mi última hora dándome su bendición para ir al Padre. El que ayuda a la formación de un sacerdote, construye un altar en su tumba”.



vida de aquellos discípulos, Jesús entró en sus vidas y las colmó de alegría. Fue una experiencia fundante donde el encontrarse con Jesús, provocó un cambio en sus vida (conversión), ese cambio y el reconocerlo como maestro los indujo a ser discípulos y dejarse transformar por Él, para que viviendo con Él (comunión) y aprendiendo de su relación con el Padre, se lanzaran a la misión de ser testigos para los demás, de esa experiencia de vivir con Él y predicar con su vida el mensaje de Salvación.

La experiencia fundante de Jesús debe llevar a comunicar la fe, y convertirse en testigos de Él, el documento de Aparecida nos invita a mirar a Jesús como maestro que formó a sus discípulos y a seguir un itinerario: "El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz" (Celam, 2007, pág. 211).

La persona de Jesús de por sí es atrayente, gustosa, que provoca en el hombre un deseo de cada día configurarse más con Él, como el ejemplo de los santos; en el hoy de la historia es Él quien transforma nuestras vidas que "nos hace la invitación de venir, de estar con Él, y de convertirnos en testigos dignos de Él" (García, 2008, pág. 16).

Es Jesucristo quien llena el alma del hombre y lo coloca frente al misterio, para que éste sea capaz de contemplarlo y se deje irradiar del esplendor de lo bello, de lo trascendente y de lo infinito que se convierte en temporal y humanidad con el fin, de interpelar al hombre con su palabra y suscitar en él un ferviente deseo de lo divino.

La misión de Jesús es hacer la voluntad del Padre. Es Jesús quien ahora y siempre toma la iniciativa, ya está en la libertad del hombre responder a ese amor, en el cual está llamado a vivir.

En esta edición, la edición Centenaria de Nuestro Seminario

Diocesano, queremos rendir un homenaje de admiración, reconocimiento y gratitud, para esta magna Institución.

A lo largo de los últimos cuatro años, el Seminario Diocesano Santo Tomás de Aquino, se ha venido preparando para celebrar 100 años desde su traslado de la sede de Santa Fe de Antioquia. Ha sido el lugar donde los llamados han estado con Él y han sido enviados a distintos puntos de la geografía diocesana a ser misioneros, testigos y anunciadores.

El Seminario Diocesano, escuela de discípulos misioneros a pesar de las limitaciones de diversa índole que lo afectan, ha sido el lugar propicio para la formación de sacerdotes y cristianos de buena voluntad, cualidades que deben resaltarse y que son las que han permitido en el contexto nacional y regional, sea reconocido como una magna Institución formadora de discípulos misioneros. De su seno han salido dos Cardenales de la Santa Madre Iglesia, varios Arzobispos y Obispos, prelados y un incontable número de sacerdotes que han prestado su servicio no sólo a la Iglesia Diocesana, sino también a la Iglesia Universal, como también auténticos cristianos.

Gratitud, a Obispos, sacerdotes, benefactores y familias, que a lo largo de estos 100 años, han contribuido a la formación de los discípulos misioneros. La Invitación a seguir orando por Nuestro Seminario y que todos, como en estos 100 años, los sigamos haciendo: ¡A LA MAYOR GLORIA DE DIOS!